

# UN NEGRO DETRAS DE LA OREJA

(Fragmento)

Bernardo se despertó sudando y temblando levemente. En seguida reconoció que había sufrido una pesadilla y que, en realidad, continuaba en su cama de la sala de cuidados intensivos del Hospital Militar de Madrid.

La luz era escasa, pues sólo unas lámparas mortecinas repartidas en la parte alta de las paredes ayudaban a reconocer ligeramente las cosas más próximas que le rodeaban. También desde el pasillo, y a través de los cristales de la puerta de la sala, llegaba un reflejo blanquecino de una luz más potente que se desparramaba por el pasillo.

Bernardo sintió un escalofrío. Con la mano derecha se arropó mejor mientras mantenía el brazo izquierdo, en el que tenía colocado el suero intravenosos, quieto y extendido.

A su alrededor había tranquilidad y silencio. Hizo un esfuerzo por calcular la hora que era, pero se dijo que podía ser cualquiera entre las doce de la noche y las cinco de la mañana del miércoles. Del día sí que estaba seguro puesto que fue la tarde anterior, la del martes, cuando pudo por fin ver a su hija por primera vez desde que sufriera el infarto.

Entonces las puertas batientes de la sala se abrieron y una persona apareció en el umbral, recortando su figura oscura sobre la luz procedente del pasillo y reflejando su sombra a lo largo del corredor. Anduvo con paso rápido y silencioso hasta la cama de Bernardo y, al acercarse, éste pudo ver los galones de sargento que llevaba prendidos en su bata blanca.

—¿Qué hora es? —musitó Bernardo.

El sargento, un hombre maduro, bajito y enclenque, apenas si se molestó en mirarle a los ojos ni en consultar su reloj de pulsera. Tenía prisa, venía de apagar el monitor de frecuencia cardíaca que, conectado a Bernardo, había en el Control de Enfermería, y, según sus cálculos, tenía unos tres minutos para hacer su trabajo y desaparecer.

—Las tres —respondió el sargento lacónicamente mientras manejaba con sus manos peludas la jeringuilla que extrajo de uno de los bolsillos exteriores de su bata. Desenfundó la aguja y, con habilidad, a través de la parte más blanda de la goma,

inyectó en ésta los seis centímetros de líquido blanquecino que contenía la jeringuilla. Este líquido se mezcló con el suero y en seguida se introdujo en el cuerpo de Bernardo a través del catéter instalado en la vena de su brazo.

—¿Qué es esto?

Pero el sargento no le respondió, limitándose a tapar de nuevo la aguja de la jeringa vacía y a guardarla otra vez en el bolsillo de su bata.

Bernardo observó con detenimiento los movimientos del sargento y, apenas unos segundos más tarde, mientras éste se alejaba desandando sus pasos por el corredor, el viejo empezó a sentir los primeros síntomas que le proporcionaba la sustancia letal que acababa de ser inyectada en su cuerpo.

La memoria de Bernardo le recordó inmediatamente el nombre de un compuesto químico: el cloruro potásico, más conocido entre los profesionales de la sanidad como CLK, el único veneno que, según le había dicho hacía años un capitán forense, era imposible de ser detectado en la autopsia, ya que se confunde con una secreción de composición similar que expulsan las células orgánicas tras el óbito y cuando empieza la descomposición.

En tanto su mente se ocupaba de este recuerdo, su corazón entró en crisis y su instinto de supervivencia encendió todas las luces internas de alarma.

Impulsado por un horror repentino, puso todos sus músculos en tensión a pesar de la enorme debilidad que padecía. Trató de gritar para pedir auxilio, pero desde su pecho parecía trepar una mano negra y poderosa que ahogaba su voz en medio de la garganta. Con los ojos overos y la boca muy abierta, Bernardo luchó contra las convulsiones que le obligaban a mover espasmódicamente sus extremidades, arrancándose el tubo del brazo y estrellando la botella de suero contra el suelo.

El colapso se produjo después de unos escasos y eternos segundos, y el cuerpo de Bernardo se quedó por fin inmóvil en la cama. Su boca había quedado torcida y semiabierta, sus ojos mostraban tan sólo su parte blanca, sus manos quedaron retorcidas y encogidas sobre el pecho, pero su mente tardó todavía un instante en paralizarse definitivamente.

Su último pensamiento, aunque de una manera confusa, fue para su sobrino Sergio, la única persona que poseía la necesaria sagacidad, experiencia y motivación como para llegar a vengarle.

